

- ALB. No hace falta; desde hoy, cuando entre en la iglesia, cerraré mi boca; y no digo mis ojos porque me privaría de mirar á usted.
- GER. (Dirigiendo una mirada rápida y coquetona á Alberto.) ¡Déjese de requiebros!
- GUND. ¿Estuvo en la alameda, Ernestina?
- ERN. Un ratito. Por hacer tiempo. Ya ves que voy con traje de mañana.
- JER. Le sienta á usted admirablemente.
- ERN. No tiene nada de particular. (Contoneándose.) Es sencillísimo.
- JER. (Bajo á Alberto.) Y de unos golpes verdes que no encontrarás en la montaña. Apúntalos.
- PÉR. ¿Había mucha gente?
- ERN. Bastante. Yo estuve en el corro de María. Pronto vendrá. Le toca despachar con nosotras.
- GER. Tan hispada como siempre estaría. ¡Mujer más orgullosa!... Y todo por sus cuatro ochavos. ¿Quién la mirara si no fuese por ellos?..
- GUND. Pues Rodrigo, apenca con María.
- GER. De la tal boda hablábamos cuando ésta vino á recogerme en casa de Refugio. Estábamos allí organizando la novena de Octubre ocho ó nueve muchachas..
- ERN. Yo interrumpí la conferencia.
- ALB. Ahora á despachar papeletas.
- GUND. Y esta noche al baile, porque irán ustedes al baile.
- GER. Yo, no. Me invitaron, naturalmente; pero el baile es diversión algo deshonesto. A la rifa vengo porque se trata de los pobres.
- ERN. Yo sí voy al baile. Bastante se aburre una en invierno para desaprovechar estos esparcimientos que son el encanto de la juventud.
- JER. Habla usted como un libro. ¿Qué sería de la juventud sin esas expansiones? Nada, nada ¡al baile! Y feliz yo si alcanzo la honra de tener á usted de pareja.
- ERN. ¿Por qué no?
- PEPE. Tía, cuidadito. Este caballero es de los que cuando baila aprietan la cintura.

- ERN. Repara que no hablas á mujeres casadas. (Se dirigen á la rifa donde momentos antes han aparecido Antonia y Rosario. Ernestina y Gertrudis entran al kiosco y se saludan con las otras.)

ESCENA VIII

ERNESTINA, GERTRUDIS, ROSARIO, ANTONIA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

- ROS. ¡Retrasadas!..
- ERN. Culpa mía no fué. (Entran Ernestina y Gertrudis en el kiosco.)
- PEPE (Por las dos.) Ahí las tienen. Ernestina cristalizó en los dieciséis años. La mocedad no ha concluido para su alma. Concluyó para el cuerpo; pero Ernestina no se entera. Vive en perpetuo limbo.
- ALB. Y la otra...
- PEPE La otra fué, al decir de los de su edad, muy ligera de cascos. Ahora es beata y maldiciente.
- JER. El diablo harto de carne...
- PEPE A la carne creo que no llegó; pero las salsas las ha probado todas. ¿Quieren que veamos descargar la pesca? Es una faena entretenida.
- ALB. Y para mí conveniente mirarla. Uno de mis cuadros ha de inspirarse en el asunto.
- GUND. Póngale por fondo la iglesia. El románico de su arquitectura hará digno parangón á las olas de este mar altivamente histórico.
- JER. Vamos á la descarga del pescado por las razones expuestas y porque las marineras de esta playa andan superiores de pantorrillas. ¿Fueron siempre así las pantorrillas en *Mérina augusta*, querido Gundemaro?
- GUND. No hablan de ello las crónicas.
- JER. Hacén mal. La pícara historia suele dejarse lo más sabroso en el tintero. (Se dirigen hacia el muelle por una de cuyas escaleras desaparecen, á tiempo que salen del kiosco Antonia y Rosario.)

ESCENA IX

ERNESTINA, GERTRUDIS, ROSARIO, ANTONIA. Al final PEPOTA.
La GIBIONA y TRASMALLO

ROS. Hasta luego. Vamos al encuentro de Maria.
(Despidiéndose de Gertrudis y de Ernestina.)

(Antonia y Rosario se dirigen hacia la izquierda por donde salen, á tiempo que suben por una de las escaleras del muelle, primero Pepota con un cesto de pescado á la cabeza; después Gibiona lo mismo y á continuación de ellas dos Trasmallo.)

GER. ¡Las madreñitas! ¡Tanto presumir en el pueblo y tal allá no tengan sobre qué caerse muertas!

ERN. ¡Siempre estás murmurando!...

GER. En algo hay que pasar el rato cuando está la iglesia cerrada.

PEP. (A la Gibiona.) ¡Date prisa, mujer!
(Sale la Pepota por la izquierda. Ernestina y Gertrudis se retiran al fondo del kiosco donde desaparecen. Trasmallo va detrás de la Gibiona mirándola y remirándola con gachonería.)

ESCENA X

La GIBIONA y TRASMALLO

TRAS. Anda!... Anda un poco *alante* de mí *pa* que yo te vea moverte. ¡Dios, y qué mujeruca te has hecho!

GIB. Mujer soy dende que nació.

TRAS. *Pa* menos tiempo va que se han *enterao* de ello los hombres. *Pa* mí que los peces saltan en la canasta de alegría porque los llevas tú.

GIB. De agonía saltan los *pobracos*. ¡Bien de ellos os tragisteis!...

TRAS. Al pico de catorce arrobas. ¡Vé como suena la prata en los mí bolsillos!... A la cuenta

esta noche, cuando dejemos de bailar, hasme de *ametir* la *convidá*.

GIB. Falta que yo baile contigo.

TRAS. ¿Con quién bailarás tú si no? Mal andará con sus narices el mozo que te saque.

GIB. ¡Animall!... (Con cariño.)

TRAS. Ya saben los mozos que estos brazos, lo propio aguantan con el remo que derribanle la dentadura á un hombre. Y lo propio, á querer tú, te cogerían *pa apretate*, pero, vamos, sin juerza, con los aqueles del cariño, con estrujones de esos que hacen saltar de alegría la sangre. ¿No saltote á tí nunca, cuando te rozaste conmigo?

GIB. Cuenta es mía. No he de regalarte esas orejizas con el «sí».

TRAS. Mejor que se las regales á Trasmallo que no al señor alcalde. ¡Bien se acercaba don Rodrigo á la tú persona!... ¡Bien rabio yo de que se acerque!...

GIB. No le puedo echar de mal modo.

TRAS. Ya sé. Con él no sirve el puñetazo. Con él hay que aguantar. Todo lo puede, porque lo tiene todo. ¡Quizás pueda también contigo!... (con tristeza ruda.)

GIB. ¡Fontón!... Sí; le gusto; pero no es mal sujeto. De por la fuerza nada quiere. Con el su dinero echa la ronca. Claro que la hambre es mala; mas á la presente yo trabajo y tú embarcaste catorce arrobas de *pescao*.

TRAS. ¡De no haber gente allí (El kiosco.) en *metá* de la boca habla de besarte, Gibiona!..

GIB. Es muy fuerte el tabaco de la tu pipa y me olería mal.

TRAS. Tirarela, si quieres. Y si quieres sacaremos dos pesetas de rifa. Puede que nos toque algo. Hay en la rifa un retrato mio, que pintó don Alberto. ¿Le viste?

GIB. No.

TRAS. Hablar solamente le falta. Acércate á mirarlo. Sacaremos cuatro papeletas.

GIB. He de vender el *pescao* en Transmena.

TRAS. Media legua hay. Lugar tienes de ir. No se pasará la pesca en una hora. En Madrid

la reciben á las cuarenta y ocho horas y la guisan... y se la comen.

GIB. ¡Andando! Probaremos fortuna.
TRAS. Tú delante.
GIB. ¿Pa qué?
TRAS. Pa ver cómo van y vienen ese par de caderas.

(La Gibiona llega delante de la rifa, donde salen como si vinieran del fondo del kiosco Ernestina y Gertrudis.)

ESCENA XI

LA GIBIONA, ERNESTINA, GERTRUDIS, TRASMALLO

GER. ¿De parroquiana?
GIB. Empeñose Trasmallo.
ERN. ¿A ver qué mano tienes?
TRAS. (Llegando.) Señorita Ernestina, dele cuatro papeles de esos y que tengan número *tós*. (Ernestina hace ademán de sacar papeletas. A Gibiona.) Has de sacarlos tú. Uno á uno.
GIB. (Cogiendo rápidamente una papeleta.) ¿Así?
TRAS. Más despacio... Y la abres poco á poco, muy poco á poco... Las cosas buenas hay que hacerlas durar mucho rato. ¿No te parece á tí?
GIB. Yo qué sé. (Ponténdose á desarrollar una papeleta. Entran por la derecha Lorenza, Mónica y doña Petra. Doña Petra sera una anciana de aspecto respetable y humilde. Lorenza y Mónica dos mujeres jóvenes, vestidas con modestia.)

ESCENA XII

DOÑA PETRA, LORENZA, MÓNICA, LA GIBIONA, ERNESTINA, GERTRUDIS y TRASMALLO hablando aparte en el kiosco mientras abren las papeletas

LOR. No vuelvo á la alameda á la hora de María y sus amigotas. ¿Son ricas? Que disfruten de sus riquezas. No se las envidio; pero que no desprecien á las que somos pobres.

PET. Hija...
MÓN. De eso no se hace caso, hermana.
LOR. Nada me diera á mí, si no viera que lo que hacen lo hacen de mala fe, con la intención santa de humillarnos. ¡Qué harta me tiene esta vida ruin de la aldea!...
PET. Desgraciadamente no podemos pensar en otra.
LOR. ¿Por qué no? En cualquier ciudad viviríamos más á gusto.
PET. En la ciudad todo fueran apuros.
LOR. Muchos habian de ser para ganar á los de aquí.
PET. ¿Qué sabes tú? En el pueblo las dos tierras nos producen para vivir, para mal vivir, no me opongo. En la ciudad os aguardaría algo peor.
LOR. Nunca peor que esto.
PET. Peor. Tienes sobrada inteligencia para comprenderme, como me comprende tu hermana.
MÓN. (Con dulzura.) Te comprendo, madre, y me resigno.
PET. Otros eran los propósitos de aquel hombre todo corazón y bondad. Para realizarlos os educaba él. Vino la muerte antes de tiempo, y matándole mató el porvenir de todas nosotras. ¡Paciencia, hijas, paciencia, y tener confianza en Dios!
(Aparece en las escaleras del muelle don Rodrigo, y se dirige donde están doña Petra y sus hijas.)
TRAS. En blanco las cuatro. ¡Mala suerte!
(Se dirige con la Gibiona á uno de los bancos, donde toman asiento. Gertrudis y Ernestina desaparecen en el fondo del kiosco.)

ESCENA XIII

DOÑA PETRA, LORENZA, MÓNICA, DON RODRIGO, LA GIBIONA y TRASMALLO en el fondo

ROD. ¡Hola, doña Petra!... Dijéronme en casa que habla usted ido por allá. (A Mónica y Lorenza.) Lindas estais y viejo le hacéis á uno.

PET. ¡Viejo á los cincuenta años!...

ROD. Para éstas, que andan en los veinte, padre puedo ser, y como á tales hijas las trato. (Acariciando la mejilla á Lorenza, que hace un gesto y se retira donde está Mónica.)

LOR. (Bajo á su hermana.) ¡Para el tonto que lo crea, sobón!

ROD. (A doña Petra.) ¿Y qué era?

PET. Al tanto de aquellos atrasos en el pago de las contribuciones.

ROD. Eso no vale nada. Véngase hacia casa conmigo y allí lo arreglar-mos. Quédense las chicas por aquí. Siempre hallarán con quien pasarlo... (A las muchachas. Abajo, en el muelle, quedó Pepe con don Alberto y don Jerónimo. (A doña Petra.) Andando, doña Petra. Yo soy alcalde de manga ancha, todo se arreglará. Hasta más tarde, niñas guapas. (Durante la escena que sigue, Trasmallo y la Gibiona pueden pasear por el fondo, y aun entrar y salir por él.)

ESCENA XIV

LORENZA y MÓNICA

LOR. La madre es vieja y olvida que somos jóvenes nosotras, y que este vivir donde ella encuentra su tranquilidad relativa, ¡y tan relativa! es para nosotras martirio.

MÓN. ¡Pobre madre!...

LOR. Más aisladas que en un desierto nos hallamos aquí.

MÓN. Verdad.

LOR. Cada invierno que se avecina, me causa más terror y más odio. Mal hizo nuestro padre en no educarnos como á las pescadoras. Seríamos dos bestias más. Eso íbamos ganando.

MÓN. (Con tono conciliador.) Estás acalorada por la grosería de las invitaciones y desbarras, mujer.

LOR. No es acaloramiento. (Encogtiéndose de hombros.)

Después de todo, ¿qué me importa?... Es que la aldea me pesa como una montaña en el alma.

MÓN. (Sonriendo.) Sobre todo desde que conoces á Alberto.

LOR. Como te pesa á tí, hipocritilla, desde que conoces á Jerónimo.

MÓN. ¡Es tan agradable!... ¡Habla unas cosas tan bonitas!...

LOR. ¡Y Alberto, con sus arrebatos y sus frases apasionadas!.. Cuando habla de amor, no hay más remedio que sentir el amor. ¡Como habla él, soñé siempre, siempre, desde que fui mozueta, que me hablaría alguien! (con pasión.) Y ese alguien es un pasajero, uno que se irá pronto para no volver quizás nunca.

MÓN. ¿Quién sabe!...

LOR. Yo lo sé. Novios de verano. Iguales son que los soles de nuestra tierra. Aso-man en Junio y al llegar Octubre se pierden en el horizonte. Solo que el sol vuelve. Ellos se irán para no volver.

MÓN. ¿Quién sabe?...

LOR. ¿Por qué repites el quién sabe? ¿Por qué nos enamoran?... ¿Por qué tu alma y la mía están pendientes de ellos?... ¡Bah!... Se irán. Y nosotras quedaremos aquí para oír las necedades de López y de Pérez, ó para sufrir á título paternal los sobos de Rodrigo. No hay duda que el programa es encantador.

MÓN. Acaso te engañas. Jerónimo me ha jurado que su amor es verdad. Cierto que algunas veces me asusta con sus ideas y sus imaginaciones de loco; pero no le considero capaz de mentir.

LOR. Y no miente. No miente Jerónimo al jurar que te adora. No miente Alberto dándome-lo á entender con sus acciones y palabras.

MÓN. ¿Entonces?...

LOR. ¡Entonces!... ¡Inocente!... ¿Crees que Jerónimo y Alberto son de los que andan por el mundo con los dichos en una mano y con el cura en la otra?

MÓN. ¡Lorenza!...
 LOR. Mejores ó peores, ellos son de otra pasta; aman por la dicha de amar, sin echarse al cuello cadenas. Por eso te digo, que se irán como los soles de este cielo, con la primer lluvia del Octubre.
 (Mónica queda sentada en el banco, con la mano apoyada en la barba. Lorenza en pie, perdidos los ojos en la lejanía. Aparecen en las escaleras del muelle, Alberto, Jerónimo, Pepe y Gundemaro, y avanzan á primer término. Casi al mismo tiempo que ellos lo hacen desde el sitio donde se encuentran La Gibiona y Trasmallo.)

ESCENA XV

LORENZA, MÓNICA, la GIBIONA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDEMARO y TRASMALLO

PEPE Allí están las niñas.
 GUND. Los amores de ustedes.
 ALB. ¿Por qué no? Lorenza es muy hermosa.
 JER. Mónica es bella y dulce. (Avanzan hacia las muchachas y las saludan.)
 TRAS. (A la Gibiona.) No me voy sin que eches otra suerte. *Pué* que en ella seamos mejor *afortunaos* (Registrando el bolsillo del pantalón y sacando de él una moneda de dos reales) Has de echarla con esta pieza de dos reales. Paice que el rey nos mira, diciendo: ¡Que *sus* toca, Trasmallo, que *sus* toca! (Llegando á la rifa, donde habrán aparecido momentos antes Ernestina y Gertrudis.) Doña Ernestina, una papeleta.
 ERN. (Presentando la urna á la Gibiona.) Allá va. (La Gibiona deja los dos reales en el mostrador y saca una papeleta.)
 ALB. Veamos la suerte de Trasmallo. (Todos se aproximan al kiosco. La Gibiona desenrolla la papeleta poco á poco.)
 TRAS. ¡Pintaol!... ¡Pintaol!... ¿No te lo dije? Lleva número: el doce. (Entregándolo á Ernestina, que se dirige al fondo.)
 ALB. ¡Mi cuadro!

TRAS. ¿Mi retrato? ¡Quéjate, Gibiona!
 GIB. Prefiriera los *penientes* de *prata* con corales.
 ERN. (Entregando un retrato pintado al óleo á la Gibiona.) Ahí va.
 GIB. (Mira el retrato como asustada.) ¡Anda, Dios!...
 LOR. (A Alberto.) ¡Admirable!
 TRAS. (A la Gibiona.) ¿Ande vas á ponerlo?
 GIB. ¿Ande? En mi alcoba. Entre un retrato del *Bombita* que tropezó padre en un *peródico* y un San Francisco que le regaló á madre el cura.
 ALB. Sea enhorabuena, Trasmallo. Vas á estar entre las dos grandes instituciones españolas: el torero y el fraile. (A Trasmallo.)
 TRAS. Cuando te acuestes, ya levantarás los ojos *pa* mí. (Dirigiéndose con la Gibiona al sitio donde hayan dejado el cesto con la pesca.)
 GIB. Calla. Y cárgate el cesto de pescao, que no quiero ensuciar la *pentura*. (Trasmallo lo hace y salen juntos por la derecha.)

ESCENA XVI

LORENZA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDEMARO, ERNESTINA y GERTRUDIS en el kiosco. A poco MARÍA, ROSARIO, ANTONIA y LÓPEZ

ALB. (A Lorenza.) Y á ustedes, ¿á qué hora les toca despachar en la rifa?
 LOR. A ninguna.
 MÓN. No nos han invitado, por olvido sin duda.
 JER. Mejor. Ese trabajo aborran á ustedes y ese dinero nos ahorran á nosotros.
 GUND. Olvido fué.
 PEPE O mala idea de la presidenta. (A Alberto, que manifiesta contrariedad.) Es María. Las feas tantas odian cordialmente á las que no lo son... (señalando á la izquierda.) Ahí viene con López y con esas chicas de Madrid. (Entran por la izquierda María, Antonia, Rosario y López. María será mujer de antipática fealdad. Vestirá con lujo, pero con gusto detestable.)

- MAR. Gracias por la agradable compañía. Ustedes á almorzar: yo á despachar unos cuantos billetes. Esta tarde en la playa, y esta noche en el baile. (Mirando con desdén envidioso á Lorenza y Mónica.)
- ROS. En el baile nos reunimos todas.
- MAR. Todas las que nos debemos reunir. El baile es de etiqueta. Ni todas tienen traje de etiqueta, ni derecho á asistir donde se reúne gente principal. De ahí que se hayan limitado las invitaciones. Si no estaría aquello imposible. (Pasa arrogantemente por delante de Lorenza y Mónica y entra en el kiosco.)
- LÓPEZ Acompañaré á ustedes.
- ANT. Encantadas. (Salen de escena por la derecha Antonia, Rosario y López.)

ESCENA XVII

LORENZA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE, GUNDEMARO. MARÍA, ERNESTINA y GERTRUDIS, en el kiosco. En primer término María

- PEPE (Bajo, á Gundemaro. Por María.) ¡Qué mala entraña tiene!
- ALB. (Nervioso. A Lorenza.) Supongo que ustedes asistirán al baile.
- MÓN. (Confusa.) No nos han invitado.
- LOR. (Arrogante y provocadora.) Ni tenemos ropa de etiqueta; ni somos gente principal.
- ALB. (Alto y encarándose con María.) Tienen ustedes traje de etiqueta, su divina hermosura y tienen la principalidad de su gracia y de su talento. Donde ustedes se hallen estará la belleza, que para triunfar no necesita invitaciones. La arena de la playa es mejor alfombra que todos los tapices; la luna, lámpara mejor que todos los eléctricos focos; posee lo que ellos no pueden ostentar: poesía y misterio. ¡A la playa esta noche! A reinar en ella y á bailar si quieren también, que música no ha de faltarnos. Este que no tocaría su violín en un casino cursi por to-

das las dádivas del mundo, tocará gratis delante de ustedes y su digna madre de ustedes.

LOR. (Con gratitud.) ¡Alberto!...

JER. Ya lo creo que tocaré.

ALB. (A Lorenza. Bajo.) No quiero ver en esa cara una sola palidez de amargura. (Se acerca al kiosco, saca del bolsillo un billete del Banco y lo echa sobre el mostrador. A María.) ¡A ver! ¡Despache á estas señoritas doscientos billetes! ¡y pronto! ¡Tienen prisa!...

FIN DEL ACTO PRIMERO